

LA ESCENA.

REVISTA SEMANAL DE MÚSICA.



Redaccion y Administracion.

Calle de la Aduana, número 13, cuarto principal de la derecha.

Puntos de venta.

En las principales librerías.
Número suelto, un real.

Precios de suscripcion.

En Madrid el trimestre, 12 reales; en provincias 16, y en el extranjero y Ultramar, 60.

A NUESTROS LECTORES.

El objeto del periódico que ve hoy por primera vez la luz pública, no es otro que el de ocuparse del Teatro Real y de cuantos conciertos y demás fiestas musicales se verifiquen; así en el mencionado coliseo como en el Conservatorio y cualesquiera otros teatros de la corte. Es decir, en una palabra, que nosotros vamos á consagrarnos única y exclusivamente á todo cuanto tiene relacion con el divino arte de Euterpe.

Esto sentado y conocido ya nuestro pensamiento, si queremos cumplir dignamente con la mision que nos hemos impuesto, debemos, para presentar las cosas bajo su verdadero punto de vista, hacer un ligero recuerdo de la temporada anterior del Teatro Real que dió por resultado la cesacion *a fortiori* de Mr. Bagier en la direccion del mismo.

Todo el mundo recordará la ruda campaña que entre Mr. Bagier por una parte, y el público y el gobierno por la otra, se siguió por espacio de seis meses. En ella hubo de todo, así escándalos, alborotos y silbidos, como las mas enérgicas revistas periodísticas y la suspension temporal de las funciones. El público y el gobierno se batieron en regla, y la derrota de Mr. Bagier fué completísima. Ahora bien: en una lucha celebrada entre dos contendientes, y que termina con la derrota de uno de

ellos, ¿no supondrá cualquiera quién será el adversario vencedor? En la generalidad de los casos, el que vence á su contrario suele ser proclamado tal; pero aquí ha sucedido todo lo contrario: los verdaderos vencidos lo han sido el público y el gobierno.

Y la razon es sencilla: ¿qué otro objeto sino el de lograr que las funciones líricas se celebráran con la mayor perfeccion posible se proponian el público y el gobierno al mostrar una justa animosidad á Mr. Bagier? Claro es, pues, que habiendo venido el nuevo empresario, Sr. Caballero del Sax, á hacer bueno al antiguo, la derrota de los vencedores, si nos es lícito espresarnos así, no puede ser mas cierta.

Por esto, convencidos como estamos de la certeza de cuanto acabamos de sentar, en nuestras revistas musicales á que damos desde hoy comienzo, probaremos plenamente que el cuadro de la compañía que figura en el régio coliseo es muy desigual é inferior bajo todos conceptos á cuantos han actuado en los años precedentes. Haremos notar asimismo que las funciones que allí se vienen verificando, no pueden ser mas defectuosas. Y patentizaremos finalmente, que la direccion es de lo mas desacertado que puede imaginarse.

Durante dos años consecutivos hemos mostrado en las columnas de *El Pueblo*, de cuyas revistas musicales estábamos encargados, ya que no una inteligencia artística pro-

funda y científica, al menos una imparcialidad completa. Reanudando ahora nuestras tareas en LA ESCENA, seguiremos el mismo camino que entonces seguimos.

Conocidas ya, pues, por completo nuestras intenciones, y como por otra parte cuanto acabamos de apuntar será debidamente esplanado en las revistas sucesivas, damos aquí fin y remate á la ligerísima introducción presente, que nos sirve al mismo tiempo para dirigir el mas cortés saludo á nuestros lectores.

REVISTA MUSICAL.

L'AFRICANA.

Desde el día en que al Sr. Caballero del Sax le fué adjudicado el teatro de la Opera, comenzaron á volar con prodigiosa rapidez por todo Madrid las mas gratas noticias filarmónicas. Al decir de las gentes, la nueva empresa no iba á omitir gastos ni sacrificios de ningún género para elevar el régio coliseo á la verdadera altura en que desde hace tiempo debe hallarse. Ni las reformas interiores del local, ni la mejor composición de la orquesta, ni la mayor abundancia en los coros, ni la mas hábil dirección en los unos y en la otra, ni el mas sorprendente lujo y propiedad en la escena, ni el repertorio mas nuevo, escogido y variado que fuera posible, ni el cuarteto de primísimo *cartello*, finalmente, nada de esto habia de faltar. A cuanto llevamos dicho se añadía luego que el Sr. Caballero habia salido á recorrer los países extranjeros en busca de los mas célebres y reputados artistas, resueltamente decidido, aun teniendo que pagar las mas exorbitantes primas, á hacerlos cantar ante el público madrileño en la actual temporada.

Todo esto se decía y todo esto se comentaba en sentido favorable ó adverso al empresario. Pero de quién estuviera entonces la razón, las quince ó veinte funciones que se llevan ya dadas lo demuestran palpablemente. Verdad es, y esto sea dicho en honor del señor Caballero, que la orquesta ha sido aumentada con un gran número de profesores; que se han introducido en las filas de los coros nuevos individuos; que *L'Africana* ha sido presentada con un lujo inusitado; pero en lo que se refiere, doloroso es decirlo, á la parte vocal, que siempre es la mas importante en las funciones de ópera, nos hallamos en peor estado que en los años anteriores. El cuarteto de primísimo *cartello*, prometido, por el Sr. Caballero, ha quedado reducido á cero, porque según hemos podido juzgar por nosotros mismos, esos célebres cantantes que iban á aparecer en nuestra escena, se han cambiado en unos cuantos artistas, en su

mayor parte de poquísima valía, y á los cuales puede clasificárselos en dos especies, á saber: los arruinados y los novicios. Los primeros ostentan los restos de un pasado que, según las muestras, nos hacen comprender que no ha debido ser gran cosa, y los segundos, al lado de una ó dos cualidades nada mas que regulares, nos presentan multitud de defectos imperdonables de todo punto.

Mucho mas podríamos decir en apoyo de nuestras aseveraciones; pero como en el curso de nuestras revistas tendremos ocasión de citar los nombres de los artistas intérpretes de las obras que se vayan representando, entonces enumeraremos con mas minuciosidad los defectos y buenas cualidades de que cada cual puede hallarse adornado.

Vamos, pues, ahora al punto principal que constituye la base de esta revista: es decir, el análisis de *L'Africana*, y la interpretación de la ópera de Meyerbeer en nuestro Teatro Real.

Desde la muerte del gran maestro alemán, el tema favorito de la conversacion en todos los círculos filarmónicos ha sido el de esa obra póstuma *L'Africana*, en que ha sabido dejar grabados los últimos destellos de su génio. La representación de *L'Africana*, primero en París y posteriormente en Madrid, ha sido un verdadero acontecimiento en la historia del arte.

Para nosotros, sin embargo, á pesar de la grandeza y magnitud de la ópera que nos ocupa, el *Roberto el Diávolo*, continúa siendo la obra maestra del compositor alemán. En ninguna de sus demás óperas, ni en *El Profeta*, ni en *L'Africana*, ni en *Los Hugonotes* se hallan esas dulces melodías, esos bellísimos cantos, esa rica y variada instrumentación de que se halla plagada *Il Roberto*. Porque si se quiere hacer la verdadera justicia á Meyerbeer, debe decirse que *Il Roberto el Diávolo* es la edad media con sus sombrías y románticas aventuras, trasladada al lenguaje de los sonidos.

Pero no vaya á creerse que por que tengamos en tan alto concepto *Il Roberto el Diávolo*, no hemos de encontrar ninguna otra obra de este maestro que pueda ser colocada á gran altura. No: *L'Africana* es una obra digna del génio de Meyerbeer. En ella, como en todas las suyas, identificándose por completo con la época, carácter y costumbres del país en que se desarrolla el drama, nos presenta una música, propia y característica de las diferentes situaciones que se ve obligado á describir.

Oportuno nos parece ya entrar desde luego en el exámen de *L'Africana*, pues será el modo de que nuestros lectores se aperciban mejor de la propiedad de los cantos de aquellos indios salvajes, cuyo descubrimiento y conquista le fué dado alcanzar al célebre navegante aventurero *Vasco de Gama*.

La ópera da principio con una notable introducción, que inicia el tema de la romanza que ha de cantar luego la joven *Inés*, recordando la marcha de *Vasco de Gama*. Esta música, perfectamente ejecutada por la orquesta, que tan hábilmente dirige el Sr. Bonetti,

prepara ya convenientemente al público para asistir al magnífico drama lírico que va á desarrollarse á su vista.

Al levantarse el telon, el espectador se halla en el salon del Consejo del rey de Portugal, en el cual penetra *Inés* seguida de Ana, y despues de un corto recitado que tiene con la misma, entona la preciosa *romanza*, cuyo tema hemos percibido ya en la introduccion. Nada mas bello y original que este canto en que el alma pura de *Inés* espresa todo el amor que siente por el heróico mancebo á quien su valor y ardimiento tienen ausente de la patria.

El *tercelto*, que tiene lugar despues entre la misma *Inés*, su padre *D. Diego* y el presidente del Consejo, *D. Pedro*, que aspira á su mano, es bueno, pero bastante inferior, sin embargo, al magnífico concertante final, que es considerado por algunos como la pieza maestra de la obra. Sin avanzar á tanto, nosotros, sin embargo, consideramos dicho concertante como la mejor pieza del acto primero. La invocacion con que da principio este solemne canto, es de lo mas grandioso que puede imaginarse. Pero *Vasco de Gama* entra en el recinto y con vehemente frase é inspirado acento, pide una nave que le permita doblar el cabo de Buena-Esperanza y abrirse paso hasta las Indias. ¡Súplica vana! El gran Consejo, en el cual se halla representada esa ciencia oficial, que ha servido siempre de rémora á todo progreso, á todo adelanto, á toda mejora, se rie desdeñosamente del infatigable descubridor, y le niega el apoyo pretendido. Inútil es que *Vasco de Gama* llame en su apoyo á *Sélika* y *Nelusho*: los venerables obispos y demás varones eminentes portugueses, aferrados á su idea persisten en su deliberado proyectode no dar oídos á *Vasco de Gama*. Este, irritado, les increpa furiosamente, y el gran Consejo le premia su valor y su ciencia con una condenacion. *Vasco* es conducido desde allí á un calabozo en compañía de sus esclavos *Sélika* y *Nelusho*.

¡Qué admirablemente retratados se hallan los caracteres de todos los personajes que toman parte en este magnífico final! Para situaciones semejantes, lo decimos como lo sentimos, no reconoce rival alguno *Meyerbeer*. Su música sabe espresarlo todo; así vemos en el concertante de que nos estamos ocupando á cada personaje animado de la idea, del sentimiento de que entonces se halla poseido.

Con tan magnífica pieza termina el acto primero.

En el segundo, nos encontramos con *Vasco* durmiendo en el duro lecho de su húmedo y oscuro calabozo, y cuyo sueño vela la tierna *Sélika*, que siente un amor profundo por su amo y señor. Este acto, aunque inferior quizás al primero, contiene, sin embargo, cosas muy notables. Entre ellas podemos contar la linda ária de *Sélika*, cuando contempla á *Vasco* dormido; el duo entre *Sélika* y *Nelusho*, y la sentimental frase que pronuncia *Inés* al penetrar en la prision llevando consigo la libertad de su amante.

Con la libertad de *Vasco* y la marcha de *D. Pedro*

(casado ya con *Inés*) á las Indias, da fin el acto segundo.

En el tercero encontramos á los principales personajes de la obra en el puente del navío *Almirante*, que intenta doblar el cabo de Buena-Esperanza. Lo mas notable que encontramos en dicho acto es: en primer lugar, un coro de mujeres; despues otro de marineros y por último una tiernísima plegaria cantada por ambos coros. No dejaremos de mencionar tampoco la cancion que, basada sobre la leyenda del Dios de la tormenta, del gran *Adamastor*, que conduce consigo el terror y la muerte, entona valientemente *Nelusho*, escitado por los marineros. Dicho canto, agradabilísimo por demás, es muy parecido á nuestro jaleo de Jerez.

Apoderados los indios del buque *Almirante* á consecuencia de haber encallado éste, merced á la traicion de *Nelusho*, se hacen dueños de todos los europeos, y los trasladan á sus salvajes comarcas. En el final de este acto se ha suprimido, no sabemos por qué causa, el himno triunfal que cantan los indios despues de la victoria. Mucho sentimos una supresion que no nos ha permitido oir una de las mas bellas y originales piezas de la ópera.

La escena, pues, se ve forzosamente trasladada en el cuarto acto, al país de que es reina y soberana *Sélika*. El teatro descubre en este momento un dilatado espacio, á cuya izquierda se halla un templo indio, á la derecha un palacio y en el fondo un monumento suntuoso. El escenario se halla cubierto de sacerdotes de diversas sectas, entre los cuales se halla el gran sacerdote de *Brahma*, y de multitud de indios. El país salvaje está en día de gran fiesta: va á tener lugar el gran acto de la coronacion de *Sélika* como reina. Nada mas magnífico que la ya popular marcha indiana con que se abre el cuarto acto. Original en extremo, esta pieza caracteriza de una manera admirable las costumbres de los habitantes de aquellos países. ¡Cuánta animacion y alegría no rebose el corazon de aquellos indios cuando marchan bailando al compás de tan riente música, sirviendo de cortejo á la amada soberana, que se dirige con la mayor pompa y ostentacion al templo en que debe ser coronada! Esta marcha debe colocarse al nivel de las dos tan magníficas del *Profeta* y del *Roberto*.

A la entrada de *Sélika* en el templo, aparece en la escena *Vasco de Gama*, que admirado de la belleza del lugar en que se halla, entona una preciosa ária en que espresa de una manera perfecta los sentimientos de que se halla poseido. El duo que tiene lugar despues entre *Sélika* y *Vasco* es de lo mas apasionado y sentimental que se ha escrito. El casamiento de *Sélika* y *Vasco* se verifica por fin, y con la conduccion de los dos esposos á su morada, termina tan animado y brillante acto.

Y aquí no podemos menos de interrumpir nuestro análisis para dar cuenta á nuestros lectores de la sorpresa que nosotros experimentamos la primera noche

de la representacion de *L'Africana*. Ante todo conviene que se sepa, que todavía no nos habíamos hecho con ningun libreto, y que siéndonos por lo tanto desconocido el argumento de la ópera, le íbamos siguiendo cada vez con un interés mayor. ¡Júzguese, pues, de nuestra sorpresa, repetimos, cuando al dejar á *Vasco* y *Sélika* unidos en estrecho y dulce lazo, caminando juntos y enamorados hacia el palacio soberano, nos encontramos en el quinto acto con el árbol del *Manzanillo*, bajo cuyas ramas viene á buscar la muerte *Sélika*, sola, triste, desesperada. ¿Qué ha ocurrido aquí, nos preguntamos entonces naturalmente? ¿Qué ha sido de *Vasco*? ¿Cómo así permite que su amada muera lejos de su vista? La adquisicion del libreto nos esplicó satisfactoriamente nuestras dudas. La empresa del Teatro Real, sin que sepamos la razon que para ello le haya asistido, ha decretado, en uso de su omnimoda voluntad, la supresion de la primera mitad del acto quinto, en el cual se halla la razon de la hasta entonces para nosotros inesperada muerte de *Sélika*.

Con efecto, en el quinto acto *Inés* es conducida á la presencia de *Sélika*. La esplicacion que con este motivo tiene lugar entre ambas, hace saber á *Sélika* el amor profundo, inestinguible, que se profesan los dos europeos. Inspirada entonces por los mas generosos sentimientos, y sintiéndose con un corazon capaz de consumir los mayores actos de abnegacion, ordena que *Inés* y *Vasco* sean trasportados al buque europeo que se halla á las vistas de aquellas playas, y á su bordo ya puedan dirigirse unidos y felices á las costas portuguesas. Ella entretanto, con la desesperacion en el alma, se dirige, como ya hemos dicho, á recibir la muerte bajo las frondosas hojas del *manzanillo*.

Hé aquí, pues, toda la supresion que se han permitido hacer los directores ó empresarios del Teatro Real en la representacion de *L'Africana*. La razon que les haya asistido para obrar así, ellos solos la sabrán; por nuestra parte, la ignoramos. Conste, sin embargo, que segun lo que hemos oido á personas dignas de crédito y que han asistido á la representacion de *L'Africana* en París, el duo de *Inés* y *Sélika* es de lo mas original y bello que tiene la obra. Así nosotros, y con nosotros el público, no podemos menos de dar las mas corteses gracias á aquel que nos ha hecho el *especial favor de suprimirla*.

Continuando ahora nuestro análisis, réstanos solo decir para terminar con el mismo, que las frases que el ilustre compositor pone en boca de *Sélika* al espirar bajo el árbol, son deliciosísimas, como emanadas de aquel tierno y sencillito corazon, que no conoce la doblez ni el engaño, ni ningun género de malas pasiones. Es muy de notar tambien en este acto el preludio de violines sobre las cuatro cuerdas que ejecuta admirablemente la banda de profesores, y el cual es tanto lo que agrada al público, que le hace repetir hasta dos y tres veces todas las noches.

Tal es, en resumen, *L'Africana*, ópera notabilísima que, á haber sido puesta en escena como el maes-

tro la escribió, es decir, sin las dos supresiones que ya hemos señalado y otras tres ó cuatro mas, aunque no de tanta entidad, que pudiéramos citar, habria alcanzado un éxito extraordinario. Esto sin contar por otra parte con que los artistas encargados de interpretarla, son muy inferiores para tan árduo desempeño. Todos, sin esceptuar ninguno, son artistas secundarios. Ciertamente que la protagonista, la señora Rey-Balla, es una *soprano* que posee una voz bastante estensa, y un claro talento que la permiten caracterizar regularmente el papel de *Sélika*. Pero al lado de estas medianas cualidades, la señora Rey-Balla cuenta gravísimos defectos, debiéndose mencionar entre ellos la emision poco segura de su voz, que es al mismo tiempo algo ágría y chillona, la manera incorrecta que tiene de pronunciar el italiano, debido sin duda á haber cantado siempre en francés, y en una palabra, la poca flexibilidad de su garganta, que no la permite coordinar como debiera los movimientos de la respiracion. A pesar de todo, la señora Rey-Balla es la figura que mas se destaca, y la única que ha logrado alcanzar el agrado del público.

¿Cómo, pues, serán los otros artistas? La pluma se nos cae de las manos al tener que ocuparnos de ellos. Porque, en efecto, increíble parece que en un teatro de primer orden, como es el Real, se presenten como cantantes de *primissimo cartello*, una Martelli, un Steger, y un Bonehée. Ciertamente que la señora Martelli, es una linda dama, que posee una voz de un timbre dulce y simpático, pero de ningun modo pecamos de exagerados si afirmamos que desconoce enteramente el difícil arte á que se ha consagrado. Así es que con decir que no sabe cantar está dicho todo. La inteligente fisonomía de esta señorita, nos hace esperar, sin embargo, que si une un asiduo estudio á las buenas cualidades que ya posee, logrará, con el tiempo figurar convenientemente en su profesion.

¡Válganos Dios con el Sr. Steger!... En nuestra vida hemos visto artista mas desfigurado. O sino veamos: voz de artificio, es decir, nada de pecho, todo de cabeza, gola y nariz, chillona y desapacible, hasta no mas poder. Tal es el órgano vocal del tenor de *primissimo cartello* presentado por el Sr. del Sax. Añadamos á esto una figura vulgarísima, una fisonomía indiferente, por no decir fría, y mucha inseguridad al emitir la voz, y tendremos en junto al tenor Steger. Justo es decir, sin embargo, que si en vez de las escasas facultades con que cuenta, la naturaleza le hubiera mas generosamente dotado al Sr. Steger, habria sido un gran artista, porque en su canto correcto y afinado, se comprende desde luego que ha debido hacer profundos estudios.

Del barítono Bonehée pocas palabras diremos. Es un artista en lastimosa decadencia, y creemos que haya poco que añadir á esto. Su canto es bueno y su accion vigorosa; pero la escasez de su órgano vocal y su viciosa pronunciacion que le hace aparecer como cantante francés en vez de italiano, le perjudica mucho ante nuestro público.

Si estos son los principales, ¿qué serán los secundarios? Ni aun de sus nombres siquiera queremos acordarnos. Allí aparece un desdichado bajo que lleva el nombre de D. *Pedro* y que no es ni mas ni menos que un partiquino mal disfrazado. Esto mismo podemos decir del gran *Brahama* que suele acarrearle todas las noches los murmullos del público.

Por lo demás, la orquesta, los coros, los bailables y el aparato escénico, no han dejado nada que desear, con especialidad el baile, que presentado por el hábil é inteligente director Sr. Coppini, nos ha hecho ver la gran diferencia que existe entre los bailables de *L'Africana* y los que en los años anteriores tenían lugar en otras óperas.

Ahora bien; ¿fué esto lo que se propuso el Sr. Caballero? Es decir, ¿sorprendernos con el aparato escénico, para descuidar intencionadamente lo mas importante, como por ejemplo, la parte vocal? Tal creemos: pero se ha engañado lastimosamente, porque la ópera que nos ha dado ha hecho poco menos que fiasco, como lo prueba la escasa concurrencia que asiste á las representaciones, y el obstinado silencio con que son acogidos los mas bellos cantos del gran Meyerbeer. ¿Y quién sabe si no ha sido el Sr Harris en union del señor García, el que ha libertado á la nueva empresa del Teatro Real de un lastimoso naufragio?

Desengáñese pues el Sr. Caballero, y desde aquí en adelante tenga entendido que no se fascina con cosas de relumbron al público madrileño, que digno é inteligente como ninguno, solo asiste á la ópera para ver bien y debidamente interpretadas las sublimes concepciones de los grandes maestros.

Así, si en vez de detenerse en minuciosidades hasta cierto punto chocarreras, como lo son, la de los dos mocetones, mal llamado *Suizos*, que se hallan estacionados en el vestíbulo, la de las calzas y casaca de los acomodadores, y la del ridículo telon de las dos puertas, se hubiera ocupado como debia de formar un excelente cuadro de compañía, hoy, en vez de nuestra severa pero justa censura, solo encontraría plácemes y enhorabuenas, y lo que es mas, el favor y la predileccion del público que no dejaría de llenarle todas las noches el teatro.

NARCISO MARTINEZ.

En nuestro próximo número aparecerán las revistas de *Il Saltimbanco* y el *Hernani*.

Para hacer mas amena la lectura de nuestra revista semanal, publicaremos las biografías de los mas celebres compositores y artistas. En nuestro próximo numero es de esperar, pues, que demos principio con la del profundo autor de *La Africana*.

Por creer hacer con ello un especial favor á nuestros lectores publicamos hoy en LA ESCENA el argumento de *La Africana*.

CRONICA.

Con este título abrimos en nuestro periódico la seccion de noticias filarmónicas, así nacionales como extranjeras, y las cuales han de ser interesantísimas porque contamos con ilustrados y *verdaderos* corresponsales en varias córtes de Europa, entre otras, París, Lóndres, Lisboa, San Petersburgo, Moscou, Berlin, Florencia, Viena, Milan, etc., etc. La abundancia y naturaleza de las noticias que comuniquemos harán ver á nuestros lectores la verdad de cuanto decimos.

El Sr. Caballero del Sax, que aspira á reemplazar el medianísimo cuadro de cantantes que hoy actúa en el régio coliseo con otro de mas reconocido mérito, se halla recorriendo el extranjero para este objeto. Si los pasos que ahora da el Sr. Caballero los hubiera dado este verano, de seguro que habria alcanzado un feliz resultado. Pero hoy será una inútil tarea, porque á la altura en que nos hallamos de temporada no es posible encontrar ya un cuarteto de *primitissimo cartello*, hallándose como ahora se hallan los artistas mas distinguidos actuando en otros teatros. Por de pronto sabemos de una manera positiva que han fracasado sus gestiones cerca de Mad. Artot *prima donna* de bastante mérito, y que á estas fechas se encuentra en camino de Florencia para ver de contratar al tenor Mario.

Parécenos que á su vuelta ha de oír el Sr. Caballero á mas de uno esclamar con justísima razon: *Tarde piace, mio caro*.

Adelina Patti ha dado tres conciertos en el Palacio de Cristal de Amsterdam. Al primero asistieron 6,000 personas; 9,000 al segundo, y 13,000 al tercero.

Ha fallecido en París á los sesenta y dos años de edad el Sr. Gustavo Héquet, colaborador de la *Gaceta Musical* de aquella capital.

No es cierta la noticia de la muerte de Aldighieri, dada por algunos periódicos. Por nuestra parte nos alegramos mucho de que el distinguido barítono, tan simpático al público madrileño, continúe gozando de cabal salud y en el pleno uso de sus excelentes facultades vocales.

Dentro de pocos dias hará su *debut* con el *Trovador* en el teatro de la Gran Opera de París el tenor Dela-branche.

La señora Borghi-Mammo alcanza grandes triunfos en el teatro de San Carlos de Lisboa. Su gran talento artístico y su admirable voz de *mezzo soprano*, la permiten abordar casi todo género de papeles, y á esto se debe que el público lisbonense la haya visto desempeñar ahora el papel de Leonora del *Trovador* habiéndola visto en otras ocasiones interpretar el de Azucena. Las cartas y periódicos de aquella capital que tenemos á la vista, describen á porfía el brillante éxito conseguido por la señora Borghi-Mammo en la parte de Leonor.

Entre otros muchos párrafos que pudiéramos citar, nos permitimos transcribir solo el siguiente del *Jornal do Commercio* que dice así.

«Es un verdadero acontecimiento el ver á la Azucena de París trasformada ahora en Leonor. La ilustre cantante sabe arrostrar todo género de dificultades; dueña de todos los secretos del arte, logra cantar en la *taxitura* de soprano sin esfuerzo alguno y produciendo todos los efectos propios de dicha voz.»

Y el mismo periódico añade luego que la señora Borghi fué vivamente aplaudida en todas las piezas que cantó, y llamada en varias ocasiones á la escena.

LA AFRICANA.

La acción en Lisboa, en el mar y en la India, en 1497.

ACTO PRIMERO.

Salon del Consejo Real, en Lisboa.

I. Ana participa á Inés que su padre está con el rey, y que ha mandado le espere para comunicarle un asunto importante; la joven tiene presentimiento de una desgracia, con esa orden, por cuanto Vasco de Gama, que comparte las fatigas y peligros del intrépido marino Bernardo Diaz, en mares desconocidos, que le siguió para alcanzar gloria y obtener su mano, hace dos años está ausente, y no comprende su felicidad sino esperando á Vasco. Confía en que volverá, y canta la canción que entonó aquel al pie de su balcón la noche de su partida.

II. D. Diego manifiesta á Inés que el rey se ha dignado elegirle esposo, D. Pedro; la joven le rechaza; su padre replica que el rey y él lo quieren y que tema su enojo, que sacrifique un oscuro amor á la brillante union que le propone; la joven replica que Vasco será un día grande é inmortal. D. Diego teme que ese amor cause la desgracia de su hija; dirigiéndose á D. Pedro pregunta si puede darse crédito al rumor de que Bernardo Diaz ha perecido; contéstale que se asegura se han estrellado las naves contra una isla desierta; Inés pregunta con temorsihan perecido Diaz y Vasco; D. Pedro contesta que le son desconocidos esos nombres, y le entrega el papel en que viene la noticia; la joven le recorre con la vista, y perdiendo la esperanza, llora á los marinos y se retira.

III. D. Pedro inquiere si podrá turbar la tranquilidad de Inés, el recuerdo ó la vuelta del que cree muerto; y D. Diego contéstale *¿qué importa el recuerdo del que no existe?*

IV. D. Pedro ocupa la presidencia y los Consejeros sus asientos; el gran inquisidor y los obispos dirigen sus preces al Eterno para que les inspire; D. Pedro se levanta y dice que desde que sus rivales, los españoles, descubrieron un nuevo mundo y tesoros inagotables. Portugal es conocedor de la vía del cabo de la tempestad; diciendo el inquisidor que se asegura ha perecido Diaz, añade el presidente que para procurarles socorros y recursos los ha convocado el rey. D. Alvaro dice que oren por Diaz, pues se sabe su pérdida por un valeroso marino que se arrojó al mar, el cual solicita comunicárles el funesto naufragio; preguntándole cómo se llama, y díceles, Vasco de Gama. D. Pedro y D. Diego quedan asombrados.

V. Vasco saluda con humildad, D. Pedro le indica que hable y D. Alvaro le anima con sus miradas y ademanes; cuéntanles que vió hundirse en el abismo á los valientes soldados, llenos de despecho, no por la muerte que les aguardaba, sino por ver que sus esfuerzos habían sido inútiles descubriendo ya el *cabo de la tempestad*, rocas en que ningun europeo ha penetrado. Vasco entrega unos papeles, y suplica se le conceda una nave para conquistar las islas que ha explorado ya y ofrecer á su patria tesoros sin cuento, aspirando por su parte á la inmortalidad. D. Alvaro le protege, D. Pedro y D. Diego le consideran loco y dicen que obrarian mal accediendo á sus pretensiones; Vasco les asegura feliz éxito en su expedicion, y dice al inquisidor, que prueba la existencia de pueblos desconocidos el que sus moradores no han nacido en Africa, ni en el nuevo mundo de Colon, como pueden juzgar por los esclavos que trae consigo.

VI. A una señal de D. Pedro entran Sélíka y Nelusco; pregúntales D. Pedro el nombre de su país y vuelven la cabeza con desprecio; interrógaes y dice la africana que fueron hechos prisioneros en el mar, lejos de la isla de las Palmas Verdes. Vasco les hace notar que sus facciones y su traje revelan un país desconocido; el presidente vuelve á preguntarles el nombre de su patria; Vasco suplica á Sélíka, ésta accede, pero Nelusco dice, por lo bajo á su compañera, que como reina debe guardar la fé de sus súbditos, pues de no proceder así les entregará á un tirano, y que por estar entre cadenas no deja de ser reina y adorar á Brahama. Desde este instante los halagos y amenazas son inútiles. Vasco dice que la existencia de los esclavos prueba la de países en que no ha tremolado la bandera portuguesa, pide le den los medios de llegar hasta allí y que les conquistará para la patria. D. Pedro ordena que se retire con los esclavos.

VII. Unos creen que Vasco está demente, otros que es ambicioso y busca gloria; D. Alvaro les exhorta á que secunden su propósito, recordando que Colon mereció tambien el desprecio; el inquisidor reconviene á D. Alvaro, y añade que los papeles de Vasco deben ser quemados; esta opinion divide en dos bandos el Consejo y promueve un altercado, aplacándose el tumulto con la votacion que es la ley.

VIII. Introducido de nuevo Vasco, dícele Don Pedro que el Consejo ha desechado sus proyectos calificándolos de insensatos; Vasco rechaza con indignacion tan torpe acuerdo y díceles que algun día caerá la afrenta sobre sus cabezas; todos se levantan pidiendo su castigo; solo D. Alvaro implora clemencia para el marino; el inquisidor pide que semejante ultraje se castigue con perpétuo encierro; Vasco reclama sus papeles diciéndoles, que ellos, que aborrecen la luz, la encierran en los calabozos por miedo de que á su pesar les deslumbre. El inquisidor, en nombre de Dios, lanza el anatema sobre Vasco,

ACTO SEGUNDO.

Un calabozo en la inquisición de Lisboa.

I. Sélíka contempla á Vasco que duerme echado sobre un banco, soñando en su patria, en la gloria é inmortalidad; dice la esclava que sola ella se ha acordado de él durante un mes, y que por sus cuidados quizás merecerá el desprecio, siendo así que por él ha olvidado hasta su país.

Vasco pronuncia en sueños el nombre de *Inés*, su única amiga, la africana se lamenta de que el amor que ella siente por Vasco le sienta éste por otra.

II. Nelusko viene con ánimo de dar muerte á Vasco, ve que duerme y se detiene diciendo que no puede herir á un enemigo dormido; pero resuelto á matarle, se abalanza á él y se interpone Sélíka, le reconviene, el esclavo contesta que odia á los cristianos, y aquél lo es; la africana le hace notar que está indefenso y que fué su salvador, pero el esclavo replica que los compró á peso de oro y que no deben estarle reconocidos: con todo, añade la africana, vendió sus alhajas y sus armas para poseerme, y á él debo que pueda volver un día á la patria querida; añade que debe reconocer fué humano y generoso con ellos, y quiere que le respete; Nelusko se resiste, y viendo Sélíka que se adelanta para herir á Vasco, le despierta, el esclavo oculta el puñal, el marino pregunta qué ocurre, y ella le dice que su fiel esclavo le ha traído la comida; Vasco despierta á Nelusko, y éste sale lentamente asombrado de que los dioses permitan que su reina sirva á un cristiano.

III. Vasco pregunta con mal humor por qué le ha despertado; para servirlos, dice ella, y aquel sin atenderla piensa solo en la gloria, y creyéndose libre se ve prisionero. Estudiando Vasco el mapa dice:—*Por ese lado...*—No, replica Sélíka, es correr á la muerte.—¿Cómo? pregunta admirado el marino.—*A la derecha hay una isla inmensa...*—¡Cielo!—País de los dioses...—Acaba...—*Era de allí mi ligera barquilla azotada por la tempestad que me hizo esclava.*—Lo he dicho mil veces... ¡gracias Dios mío!... Esa es la ruta, ya estoy seguro, el cielo ha oído mis preces. Abraza á la africana con efusión.

IV. Llegan Inés y D. Pedro, este indica á su esposa que la casualidad le manifiesta son ciertos los amores de Vasco y la africana; al reconocer Vasco á la joven esclama: ¡*Inés, mi amada!* Sélíka lanza un doloroso grito y avanza hacia ella con ademán amenazador: ¡*Ella en este sitio!* contempla á Inés con envidia, levanta sus manos al cielo y esclama: *Ella es blanca...* ¡*Un frío glacial corre por mis venas!* Vasco la hace retirar, é Inés le participa que habiendo sabido yacía en aquel calabozo ha conseguido del rey su libertad, y ha querido anunciárselo ella misma, le da el indulto, y tomando la mano de D. Pedro le dice: *Salgamos.* Vasco la detiene diciendo: *he penetrado vuestra sospecha, esta esclava...*—*Que comprásteis en Africa...*—No es mas que una esclava.—¡*Oh cielo!* esclama Sélíka indignada.—*Os la regalo.*—¿Y á mí? pregunta Nelusko con viveza.—*También, siquela: ¡cuanto poseo por una mirada suya!*—¡*Ingrato!* prorumpela africana:—¡*Desgraciado!* murmura Inés. D. Pedro cuenta á Vasco que el rey ha confiado á su saber la gloria de explorar esa vía arriesgada.—¿*A vos á quien entregué con mis manos el fruto de mis peligros y de mis estudios?* esclama el marino despedido.—*Proyectos que consumió una hoguera.*—¡*Gloria que me pertenece y me usurpáis!*—*Os la ofrezco,* dice Nelusko aparte á D. Pedro, *llevad-*

nos á vuestra flota y yo os serviré de guía.—Conté contigo, dícele D. Pedro, y añade en voz alta: *El rey me ha nombrado ya gobernador de las regiones que descubre, hoy mismo saldrá mi escuadra,* y pide la mano de Inés para salir.—¿*Con qué derecho se la pedís?* interrógale el marino.—*Con el que he recibido de Dios.*—¡*Es su esposa!* prorumpie Vasco.—*Para sacaros de este perpétuo encierro le he concedido mi mano,* dícele Inés aparte; esta sale con D. Pedro; Vasco cae ensimismado en un sitio; Sélíka se lanza á él, pero Nelusko la detiene y se vuelve para echarle la postrera mirada de amor.

ACTO TERCERO.

El teatro representa la cubierta de una nave vista á lo largo, siendo practicable el primer puente y el interior del segundo.

I. Nelusko y varios marineros están durmiendo; Inés está echada en una hamaca, á la izquierda, rodeada de las damas entre las cuales se vé á Sélíka; D. Pedro, á la derecha, consulta varias cartas náuticas. Un cañonazo anuncia la salida del sol; luego suena una campana para rezar la oración matinal, se postran todos é invocan la gracia y protección del Señor; Inés y la africana piden á Dios que acabe sus infortunios con la muerte.

II. D. Alvaro entra á manifestar á D. Pedro su desconfianza respecto del piloto extranjero, pues de las tres naves de que es almirante, una se ha ido á pique y otra está varada entre peñascos; pero la nuestra, contesta D. Pedro, se adelanta victoriosa gracias á Nelusko y á mi estrella, pues he sido el primero en surcar estos mares.—No, replica D. Alvaro, otro se nos ha adelantado, ved desde aquí el blanco velamen de una nave que parece trazarnos la ruta entre los escollos, y que aseguran los marineros es el ángel protector de estos mares.—O el ángel malo que debemos evitar, contesta D. Pedro. Nelusko manda recoger velas por cuanto ha cambiado el viento y en el horizonte ve los signos precursores de un temporal; D. Alvaro pregunta de nuevo á D. Pedro, en el puente, si está seguro de que Nelusko no les vende.—¿*Yo que os he guiado, que os he revelado los papeles de Vasco de Gama?*—*El que ha vendido á un amo venderá á otro, y por sus consejos hemos perdido dos naves,* replica D. Alvaro. Dáles el esclavo seguridades de que les llevará á puerto y le confían el gobernarle de la nave; ésta vira y el esclavo canta de alegría al ver próxima la tempestad.

D. Pedro indica á D. Alvaro que la nave que vieron en el horizonte ha cambiado de rumbo y se dirige á ellos; Nelusko dice que huye del peligro, y creen todos al piloto; al poco rato un marinero anuncia que una nave portuguesa ha destacado una barquilla que avanza hacia ellos; Nelusko teme que algun socorro celestial venga á destruir sus inicuos proyectos.

III. Presentase Vasco, el africano reconoce con disgusto á su antiguo amo, D. Alvaro le estrecha la mano, y pregúntale cómo se encuentra allí; dícele el marino que fletó una nave con el auxilio de los amigos y con el producto de cuanto poseía.—*Nos seguís,* le dice D. Pedro.—*He llegado antes que vos.*—¿*Para burlarnos?*—*Para salvaros.* El almirante ordena que les dejen solos.

IV. Vasco pregunta á D. Pedro qué temeridad le induce á dirigir la nave por entre los escollos que ocasionaron la pérdida de Díaz; dícele que á pesar de sus resentimientos, es portugués y viene á salvarlos. El

almirante le pregunta con ironía si su abnegacion es por él ó por otro; *pues bien, si es por ella, contesta el marino he jurado salvar á Inés y arrancar de la muerte á un rival que odio; si quereis una reparacion pedidla, estey pronto á batirme.* D. Pedro dícele que puede castigarle con la ley, y Vasco le replica, que no es la ley sino al despecho á quien debe invocar por cuanto está temblando, echa mano á la espada y dice á Don Pedro que se defienda: éste pide socorro.

V. Los marineros y soldados á las voces del almirante se precipitan sobre Vasco, y aquel ordena que le amarren á un palo de la nave y que las balas de sus mosquetes hagan justicia. El cielo está encapotado, el huracan ruge, un sacudimiento violento indica que la nave se ha estrellado contra las rocas, y Nelusko anuncia su infamia con alegría satánica.

VI. Una multitud de indios abordan la nave y desarmen á todos, Nelusko entrega la tripulacion á sus compañeros, Inés implora la gracia de Dios, los indios reconocen á Sélika y unos se postran á los piés de la reina, otros levantan los puñales sobre la cabeza de los portugueses, y á una señal de la africana deponen las armas.

ACTO CUARTO.

El teatro representa, á la izquierda, un templo de arquitectura india; á la derecha, un palacio, y al fondo varios monumentos suntuosos.

I. Los indios celebran el regreso de su reina con danzas y cantares, y tocan una marcha durante la ceremonia del juramento y coronacion de Sélika; terminado el juramento pregúntase la africana cuál habrá sido la suerte de Vasco; el gran sacerdote recuérdale acaba de jurar que ningun impío extranjero morará en su patria; Nelusko les anuncia que ya todos han sido decapitados; un soldado advierte á éste que aun sobrevive un cristiano que hallaron encerrado en el fondo de la nave. Nelusko teme sea Vasco y ordena que le degüellen al momento. Al dirigirse á la coronacion se oye un tumulto de voces, y enterado Nelusko de que son las mujeres cristianas que se dirigen al suplicio, ordena que este tenga lugar en el bosque de manzaniillos, donde esperando felicidad serán víctimas del poder del aroma de esos árboles.

II. Preséntase Vasco escoltado por algunos soldados, se extasía contemplando la naturaleza que habia soñado, y que se presenta real á su vista.

III. Los indios amenazan con la muerte á Vasco, este solo siente morir sin tener un amigo que le sobreviva y proclame su nombre inmortal; ruega y suplica le permitan regresar á su patria, é insensibles á sus ruegos se disponen á herirle.

IV. Sélika descubre desde lo alto de las gradas del templo el peligro en que está Vasco y detiene el golpe mortal. Vasco se adelanta y le da gracias por haber sido su ángel tutelar; *¡no es la primera vez!* le dice ella. Nelusko manifiesta que quiere sustraer del suplicio al prisionero, piden todos que sucumba como han perecido las mujeres. *¡Inés!* esclama Vasco, y creyendo que ha muerto nada le importa ya la vida; Sélika le compadece y por librarle del peligro asegura que no es extranjero, encarga á éste que no la desmienta, que será libre despues, y ganando á Nelusko, único testigo, le hace jurar en el libro de oro que le presenta el gran sacerdote, que Vasco es el esposo de la reina; todos acogen con júbilo la noticia, el gran sacerdote se dispone á consagrar su union ante el altar de la triple di-

vinidad; da á beber un filtro á Vasco, y este, alentado por Sélika, le bebe sin temor.

V. Vasco no puede coordinar sus ideas, la reina le dice que la nave de D. Pedro y sus compañeros han sucumbido, y que el título de esposo que acaba de recibir podrá dejarle cuando quiera; que solo ha sido para salvarle; Vasco lo dice que ante su Dios y el de la africana es su esposa, que la ama y que á su lado lo olvidará todo, hasta la gloria y su porvenir.

VI. El gran sacerdote sale del templo y bendice la union de Sélika y Vasco, y todos les desean felicidad; las jóvenes ciñen una corona de flores á la africana y la cubren con un velo; Vasco contempla ensimismado á Sélika, y vuelve en sí al oír una cancion nacional; no pudiendo resistir la emocion se dirige hácia el sitio de donde viene la voz, pero unas jóvenes le encaminan al lado de la reina que se dirige á palacio, en donde esperan sus súbditos gozará de las dulzuras de su amor.

ACTO QUINTO.

Los jardines de la Reina, á la derecha el palacio.

I. Sélika, al ver á Inés, cree que Vasco los ha engañado ya, y jura tomar venganza, pero antes pregúntale cómo se libró de la muerte; dícela Inés que al descubrir á Vasco huyó moribunda, que le dijo acababa de unirse á ella y que le debia la vida; la reina teme que aun ame á Inés, y esta le asegura que no, y si sospecha ese crimen de él, que la hiera sin tardanza; la africana está celosa, pero compadece á la joven porque su crimen es sufrir sus mismos tormentos, y pide á Dios que la inspire para que calmen sus sufrimientos.

II. Sélika ordena á los soldados que se lleven á Inés, y dice á Nelusko que guie á Vasco y á la esclava hasta su nave; que al partir le entregue un escrito, que traza, y que vaya á darle cuenta de su comision en el promontorio.

MUTACION. *Una llanura, en el centro un manzanillo, al fondo una roca que domina el mar.*

III. Sélika se adelanta lentamente á la orilla del mar y dice que está embravecido como su corazon; se dirige al árbol para buscar la calma bajo su sombra: coge algunas flores y dice que ellas serán su adorno nupcial, huele su aroma y se siente languidecer como embriaga el amor nuestros sentidos.

Siéntase al pié del manzanillo y en sueños cree oír un coro celestial que dice: *«aquí está el amor eterno, y por tu constancia el cielo te recompensa.»* queda enteramente dormida, se oye un cañonazo, despierta, mira en torno, descubre una nave, lanza un doloroso grito, y se pregunta: *¿Sueño?*

IV. Llega Nelusko, y la anuncia satisfecho que ya han partido Vasco é Inés; Sélika se los reclama; el africano lanza un grito, se postra á sus piés y procura que vuelva en sí, pues está embriagada con el perfume de las flores: la reina indica á Nelusko que se retire y la perdone; éste dice que su destino es morir por ella; la coje la mano y la encuentra yerta.

El coro celestial acompaña el alma de la reina á cielo. En este momento invade la escena el pueblo y se detiene apartado del manzanillo; solo Nelusko está postrado junto á la reina, la que sostiene en sus brazos, y aspirando el aroma del árbol que le cobija, cae tambien sin sentido; se divisa la nave en alta mar.

EDITOR RESPONSABLE, D. MARIANO TANCREDI.

Imprenta de J. Antonio García, Almirante, 7.
MADRID: 1868.